



AGUIRRE

DELTRAN

ROMERIA

DE

ENSUEÑO

PQ7297

A47

K.C.



1020028146

Romerías de
Ensueño

Poemas y versos
modernos de

Jesús Aguirre Beltrán

Con un prólogo de

Alejandro Navas G.

(Del Ateneo de El Salvador)



Tip. de "El Regenerador."

JUXTLA GUTZ., CHIS.

1916

31769



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

M6861
A.

PQ7297

A47

Comptroller
of the
Revenue



MADE
IN U.S.A.

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.

DEDICATORIA



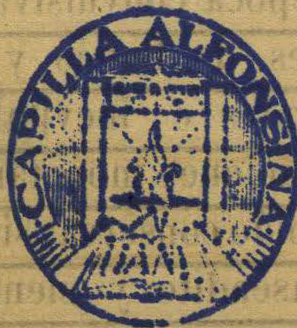
A Rubén Darío, *

el refinado artista que en
esta época convulsiva de
billetes de Banco y de
profundas e inevitables
divagaciones monetarias,
ha sabido conservar siem-
pre aseadito y siempre
fresco, con gran aplauso
del viejo dios Apolo, el
rostro doliente y adora-
ble de Nuestra Señora de
la Belleza y de la Gracia.

* Esta dedicatoria fué escrita en vida del eximio y alto poeta, y he querido conservarla al frente de este libro, porque

pienso que, aun muerto Darío, no pierde en lo absoluto nada de su esencia y finalidad. Si no pudo ser un homenaje al poeta vivo, es ahora, de todos modos, un homenaje al poeta muerto.

EL AUTOR.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

97925

PROLOGO.



Y el peregrino sigue hollando el dorso del sendero.....

Va en pos de una torre de marfil donde lucubra un divino Parsifal de la locura, uno de esos divinos enfermos que llevan incrustada en la oquedad maravillosa de su cráneo la perla impoluta del Ensueño.....

Va en pos de una torre de marfil que levanta su efigie espiritual sobre cármenes florecidos de quimeras, y va hacia ella, porque le atrae con sus regios esplendores lunares.

Ya llegó. Ya está al pie de los umbrales de este templo. Los rosales en flor sonríen con la boca de su corola entreabierta. Los pensamientos lucen la austeridad de sus florecillas donde parece que hay un cerebro que medita y un corazón que sufre. Los claveles rojos, esos divinos claveles donde hay un canto a la sangre, a esa sangre a la que el loco de Wei-

mar, Federico Nietzsche, llamó espíritu, alzan su gallardía rindiendo un supremo tributo a nuestro padre el Sol.....

Llamo a la puerta y al instante se abre. Y el bardo aparece, desnuda su alma apolonida, al cinto su deslumbrante péñola y en la mano una pluma de águila o de cisne.....

Con una sonrisa donde asoma el espíritu irónico de Rabelais, me tiende su mano, esa mano que ha pulido gemas, acariciado violetas y deshojado margaritas y me dice: *“Entrad: este es mi palacio. Aquí vivo. Lejos de la multitud cuya estulticia me enerva, lejos de esa fiera domesticada a fuerza de tanto golpe de mofa y de befa llamada mediocridad. Hasta aquí no llega la algarazca de los necios; de esos sanchopanzas de la rima que usan melena, liban ajeno y premeditan poses. Aquí vivo. Aquí amo. Aquí abro las alas a mi YO y medito y sueño y escribo. Desde esta ventana que ve hacia el Oriente, dialogo con los amaneceres, confidencio con la Luna y recibo el tributo de fulgores del majestuoso, del imponente, del gallardo monarca del imperio de la luz: el Sol. Aquí las aves detienen su vuelo y madrigalizan en mis aras. Favonio cariñoso me acaricia con la seda de sus guantes.”*

Luego me conduce a su sala de trabajo, sala misteriosa en donde me parece ver a un Alfredo de Musset en el álgido período de las gestaciones; a un

sombrio Baudelaire trazando sobre las cuartillas sus poemas diabólicos olorosos a opio y a morfina; negros poemas donde hay funestos hálitos de mal, pronunciados tonos de báquicas orgías; de un Verlaine borracho de belleza y de símbolos; a toda esta legión de soles: Fray Luis, Darío, Lugones, Catulle..... que ha sabido cristalizar sus hondos sentires en el sacro lenguaje de los dioses: la Poesía.

Dirigiéndose a su mesa de trabajo, donde en ordenado desorden hay un mundo de libros, toma uno delgado, cuya pasta luce un rojo intenso, un rojo que trae consigo la ilusión de una hoguera santa donde se quema el incienso de las sacras misas cerebrales, y me dice: “Le presento a mi hijo, a este hijo mental que sabe de mis más caras vigiliadas, de mis noches de desbordante lirismo, cuando Pegaso, llevándome en sus fornidas ancas, me ha paseado por el mundo de las constelaciones. Se llama *“Romero de Ensueño.”* Quiero que Ud. sea su padrino: que Ud. me lo prologue.”—Profundamente emocionado por tan alta distinción, no supe qué contestar. Ni un sí ni un no brotó de mis labios. Pero ese silencio fué una aceptación tácita.

Toméle entre mis manos, reverente. Fijé en él mis pupilas que han hambre de sanas y bellas lecturas y arrojéme en brazos del torbellino de sus páginas. Su padre, que es un mental de compleción modernista, enemigo de esos obstáculos que rancias academias pusieron al espíritu para menoscabar su vuelo

de ascensión, llamados Gramática y Retórica, quiso que el nombre de su hijo fuese asociado al por mil títulos ya consagrado nombre de Rubén Darío, ese Bolívar de las letras, como acertadamente le llamó Fombona. Y por eso, en frases que son un tributo de admiración, a él se lo dedica.

Penetro en el pórtico, y me encuentro con la ola tumultuosa de sus «Confesiones.» En ellas resaltan los relieves de un artista refinado que arde en cóleras contra esa legión de cretinos llamada vulgaridad, y se vuelve combativo. Cuelga su laúd, empuña la tizona y la emprende contra ella, vigoroso, altivo y fuerte. Y siembra el pánico en sus filas y les hace bajar el rostro ante una formidable avalancha de sonrojos. El artista muchas veces se acoraza de indiferencia contra el donjuanismo de las letras, pero recuerda aquella frase del *Divisionario* intelectual d' Anuzzio, que dice: "Defended la belleza, oh artistas!" y es entonces cuando la espiritualidad de sus madrigales se trueca en incendiarias saetas que van a dar hasta la médula. Es por eso que en «Confesiones» arde la tea de un legionario, de un convencido, de un factor de esa congregación revolucionaria que ha derribado ídolos y libertado las alas del espíritu de la torpe sujeción a reglas y a cánones, en los cuales palpita la más crasa ridiculez.

Romerías de Ensueño es un libro de los varios que Jesús Aguirre Beltrán ha producido y el primero de ellos que saldrá a lucir los esplendores de

su plumaje hecho de rayos de luna. Es un selecto racimo de madrigales donde las estrofas de empaque modernista deslumbran con sus raras facetas, que descomponen la belleza en sus arcoirizantes tonos.

En algunas de sus composiciones se ve al artista que gusta del placer de un anatómico al estrujar con mano maestra un motivo, analizarlo con fluidez, descartar lo prosaico y presentarnos una sensación donde el arte aparece en toda su desnudez: puro como un grano de oro; brillante como un rayo de sol y armonioso como un beso que bajo la fronda sella el proceso de un idilio.

Desearía hacer el elogio de su verso, pero lo intento y retrocedo por temor de que mi elogio apague su brillantez. Leed sus composiciones "Mi Verso" y "Ego Sum," y ahí veréis que Aguirre Beltrán, alma que ha abrevado en la fuente de aguas fuertes llamada nietzschismo, enarbola el estandarte de su yo, descansando sobre el pedestal de su orgullo. Y, oídme, no confundáis esta pasión grandiosa, con esa pasión de burgueses llamada vanidad.

No quiero enumerar una por una sus composiciones, porque este artículo saldría demasiado largo. Leed su libro, y entonces me daréis la razón. En él encontraréis bellezas infinitas, jirones de alma, cuadros pictóricos, y en medio de todo ello, un fondo filosófico que denuncia en él un conocimiento de la vida, de sus liviandades, de sus miserias, de sus gestos de arlequín. Leed su libro y



tendréis ocasión de saborear el placer que se siente al franquear las puertas de un templo en donde la mirra del ideal y del ensueño se consumen en la santa hoguera del arte.

Y para concluir, permítame el compañero Aguirre Beltrán que deshoje sobre el sendero que hieren sus sandalias, las flores de mi admiración y mi cariño. Y piense que allá lejos, allá en el lejano confín del horizonte, está este sacerdote: Apolo, presto a arrancar una hoja de su árbol simbólico para coronar su frente. Porque Apolo corona la frente de todo el que, venciendo los obstáculos de la travesía, sigue y asciende a la cumbre donde llegan los fuertes, los altivos, los que llevan en el cerebro en vez de hojarasca, ideas y más ideas, y en el corazón, sentimiento y más sentimiento.

Alejandro Navas G.

Septiembre 26 de 1915.



CONFESIONES



A pesar del tiempo transcurrido, mis ideas de ayer, respecto del arte, son las mismas. Sigo creyendo en las torres de marfil y en la discutida teoría del arte por el arte. ¿Discutida? Sí, discutida, siempre que prestemos atención al coro tumultuario de los profesores de retórica y al vocerío inevitable de esa vieja astrosa que se llama la Vulgaridad. Con lo que dicho se está que, hoy como ayer, sigo creyendo que el arte no es ni podrá ser nunca una religión de panaderos.

Los que con el difunto Conde Tolstoy se encastillen en sostener que el arte debe democratizarse hasta alcanzar la inteligencia ingrata de las multitudes..... pueden continuar en su error; quienes, con los huesos inútiles de Hermosilla y Valbuena, pretenden gramaticalizar el pensamiento para embelle-

cerlo..... pueden proseguir ¡velay!; y aquellos que abominando de toda renovación, rinden pleitesía al seco y severo *clasicismo* del estancamiento, pueden asimismo seguir por la enflorada senda.....

Yo no:

Porque dogmatizando, como dogmatizo, la aristocracia en el arte, me resisto a creer que éste pueda ser accesible no digo ya a las masas, pero ni siquiera a las mayorías letradas. (El día en que un hombre medianamente culto: un comerciante, un honrado burgués, un empleado cualquiera, pongo por ejemplo, se estremezca de emoción estética ante los versos mármóreos de Leconte de Lisle o ante las plasticidades musicales de d'Anunzio o las amarguras pulidas de Baudelaire, el mundo habrá sufrido una dislocación monstruosa.)

Porque el gramaticalismo, tal como le entienden los rigoristas y le siguen los pobres de espíritu, no deja de ser una cándida estupidez. (Los que haciendo a un lado el esfuerzo de originalidad, quieren pulir el estilo sobre la gramática, en persecución de lo bello, son: estúpidos o locos de atar.

• Y, finalmente, porque el elemento conservador en literatura, en estos tiempos de metamorfosis para el idioma, es, si no un cero a la izquierda, una herejía mayor. (Para ese elemento, como dice muy bien un espiritual cronista centroamericano, la *facilidad de escribir* es un mérito y el *estilo corriente* una virtud. Y tengo para mí que llegará un día en que

la única literatura que podrán escribir, ha de ser la beata y llanísima de los programas de cinematógrafo o la de los anuncios de ciertas píldoras milagrosas.)

*
* *

Y, me pregunto ¿no hemos conseguido ya algo? No algo, oigo decir, sino mucho.

Mucho, efectivamente. La cosecha, después de treinta años de siembra fecunda, va siendo abundante, y los que ayer refan con risas académicas de la revolución lírica iniciada aquí en América, hoy lloran lágrimas de desesperanza. Y esas lágrimas son nuestro mejor triunfo, porque constituyen la justificación más grande que podamos tener ante el pasado, y forman justamente nuestro orgullo para el porvenir. Empero, la batalla no está del todo ganada. Mientras la eterna polémica con los necios no termine, en tanto que no hagamos completa abstracción de las "*tonterías de la multitud*" y de los agrios gruñidos de los dómines, y de la lengua viperina de zoilo, no habremos terminado..... La misión civilizadora de la poesía no llega hasta allá. Su cátedra de ideal, llamémosla así, debe ceñirse únicamente al reducido círculo de los iniciados, pero sin suscitar controversia alguna con gente profana. La belleza no se discute: se comprende y se admira. Y sólo pueden comprenderla y admirarla los *devotos*. Por eso quisiera que, haciendo a un lado esos paliques insustanciales en que solemos entretenernos aún, tratáramos de elevar nuestros espíritus hacia mayor idealidad. No de otro

modo lograremos llevar a feliz término la dulce tarea impuesta. Todavía más: el día que lo hayamos conseguido, habremos prestado un inmenso servicio a nuestra Lengua.

Dije ya, hace cinco años, desde las columnas de un simpático hebdomadario editado en Pluviosilla — el que, por otra parte, ya tiene su lápida conmemorativa en el cementerio de nuestros más caros recuerdos de bohemia, — cuáles eran, en mi sentir, las características de las nuevas tendencias de la joven literatura española y cómo habría de desempeñar ésta su trascendentalísimo y civilizador papel. No tengo, pues, que añadir una coma. Sólo repetiré, a guisa de sencillo ritornelo, que a pesar del tiempo transcurrido, soy el mismo creyente de antaño. Los decires del gran Baudelaire, de mi querido Carlos Pedro Baudelaire, me agradan más que nunca, y me placen aún, como cristalizadas a través del gesto inexorable de los años, las audaces y brillantes innovaciones del Maestro Rubén, a quien tanto y tan desmedidamente elogiara yo entonces. . . . Os digo que continúo siendo el mismo, y que, por lo tanto, sigo creyendo en las bellas torres de marfil y en la ya vieja teoría del arte por el arte, muy a pesar de lo que digan las almas templadas, las calvicies maduras y eruditas, los espíritus peinados que desde lejos huelen a agua de Colonia.

J. A. B.

Romerías de Ensueño

....los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, modos de pensar y sentir enteramente cultos y *humanos*, deben renunciar a un verdadero sello de americanismo original.

José Enrique Rodó.